

tía consagrada en la Iglesia católica, la puso en la misma caldera, y notó que estaba frío el sitio en que puso la hostia, y que ésta permaneció entera y sin humedecerse. Juan Mosch añade que conservó esta hostia como testimonio del milagro, y que la mostraba á todos los que iban á visitarle.

A mediados del siglo sexto, hubo otros muchos solitarios que, á ejemplo de san Simeón el jóven, vivieron en columnas, así como éste había imitado al primer santo Estilita. Puede verse la relación de ellos en las notas puestas por Assemani al fin de las *Actas de los Mártires*, en donde inserta también la vida de san Simeón primer Estilita.

DISCIPULOS, MONASTERIO Y DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN SIMEON EL JOVEN, ELOGIO DE SU BIENAVENTURADA MADRE

Preciso es distinguir tres épocas en la vida de san Simeón, siendo la primera la que pasó bajo la dirección del abad Juan, la segunda desde la muerte de éste hasta que pasó á la montaña admirable, y la tercera hasta el fin de su vida. Con esta distinción se entenderá mejor lo que digamos acerca de sus discípulos, de sus monasterios y de su doctrina espiritual. Durante el tiempo que vivió el abad Juan, no dejó Simeón de ser su discípulo; pero se distinguió por su santidad, por su penitencia extraordinaria y por sus prodigios, que le dieron cierta superioridad sobre los demás religiosos, así como por el don de sabiduría con que Dios le había favorecido para hablar de las cosas divi-

nas y por el profundo conocimiento que adquirió de los deberes religiosos, que le hacía aparecer cual un anciano consumado en la vida ascética. Por esta razón le obligó en varias ocasiones su superior á que dirigiese su palabra á los demás religiosos, y aún estos mismos pedían al abad que se lo mandase. Pero tanto ó más que sus palabras debe admirarse el que, léjos de sentir los estímulos de la vana gloria por el deseo de oírle que demostraban sus hermanos, lo cual es un poderoso motivo de tentación para toda clase de personas y sobre todo para un jóven, léjos, digo, de sentir los estímulos de la vana gloria, se hallaba penetrado de un sentimiento tan bajo de sí mismo, que se consideraba como un ignorante desprovisto de virtud y de talento, y que no debiera abrir su boca sino para pedir perdón de sus pecados.

Un día, pues, en que estaban reunidos todos los religiosos, y se le ordenó que les dirigiese la palabra, les dijo: « Cuando el Señor creó al hombre, le dió la razón para que le sirviese de guía, y para que pudiese discernir lo que debía rechazar ó admitir, á fin de que no se excusase con la falta de luz y de discernimiento entre el bien y el mal. Habiendo, pues, recibido esta razón, si nos entregamos á los deseos desordenados, y nos hacemos esclavos de ellos en lugar de rechazarlos con toda la fuerza de nuestro corazón, desmentimos la santidad del estado que hemos abrazado, tanto al recibir el santo bautismo, como al vestir en presencia de los ángeles el hábito religioso. Es verdad que llevamos dentro de nosotros mismos el peso de la concupiscencia; pero para contrarestar cualquier vicio á que nos incite, ya sea la cólera, ya el amor propio, ya la gula, etc., tenemos la conciencia que debe dirigirnos é inclinarnos á las virtudes contrarias. Consideremos que nuestro Señor Jesucristo nos ha enseñado que hay dos caminos: uno estrecho y sembrado de espinas que conduce

á la vida á los que tienen ánimo para emprenderlo ; el otro, por el contrario, ancho y cómodo, pero que lleva á la perdición. Entremos, pues, hermanos míos, en el camino estrecho, y hagámonos una santa violencia para llegar al reino que está preparado para los que se vencen á sí mismos. Así sea. »

En otra ocasión le suplicaron los religiosos que les hiciese una conferencia piadosa, y no pudiendo negarse á sus deseos, que consideraba como imperiosas órdenes, les habló de esta manera. « Padres y hermanos míos, no es propio de mi edad y de mi escaso talento discurrir acerca de las cosas divinas en una asamblea tan respetable ; pero tampoco me es posible desobedecer á los ancianos. Os diré, por lo tanto, con gran sencillez lo que se me ocurra acerca de la conducta que debe observarse en la profesión religiosa. Pienso que el solitario debe privarse de las satisfacciones de los sentidos, si ha de conseguir la tranquilidad y la paz del alma, y que su principal ocupación deben constituir la salmodia y la oración mental. El solitario debe conservarse en el fervor de la caridad, y ejercitarse en la obediencia con un corazón humilde ; pues Jesucristo quiso morir para obedecer á su Padre celestial, y para enseñarnos á mortificar con esta virtud los deseos de la propia voluntad. El solitario debe acusarse y llorar sus faltas, acompañando su oración con los sentimientos de compunción de que se hallaba poseído el publicano, cuando se daba golpes de pecho en la presencia de Dios. Su conversación debe ser siempre religiosa, hablando con tono modesto, no diciendo cosa alguna que desdiga de su estado, y manifestando en todo dulzura y moderación. Jamás ha de emplear el juramento para afirmar lo que dice ; sino que debe limitarse á decir, creedme ó perdonadme. Debe evitar cuidadosamente el escándalo que procede de la avaricia, y despojarse de sus bienes. No sólomente debe abstenerse de

hablar mal del prójimo, sino también de escuchar la maldicencia. Debe compadecerse de los que sufren tribulación. No debe desdeñarse de lavar los pies á sus hermanos, ni de prestarles los oficios de la caridad. Debe combatir constantemente el vicio peligroso del orgullo, y considerarse como el último de todos. »

« Debe huir también el solitario de la acepción de personas, y considerar á Jesucristo lo mismo en los pequeños que en los grandes, lo mismo en los pobres que en los ricos : para todos debe tener una caridad sincera, darles hospitalidad y servirles con sencillez de corazón : pues el religioso, que hace más aprecio de la gloria del mundo que de la pobreza no será admitido en el salón del festin, sino rechazado como las vírgenes necias que descuidaron llenar sus lámparas de oleo. Jesucristo ha prometido hacer misericordia á los misericordiosos, cuando dice : *Lo que hagais al más pequeño de estos, á mí lo haceis*. De modo que el que no tiene compasión de sus hermanos, debe esperar no ser reconocido por el Hijo de Dios ; sino que puede decirse que obra como los saduceos, que no creían en la resurrección, y habían, por lo tanto, renunciado á la esperanza de los bienes de la otra vida. »

« El demonio se oculta entre las riquezas, y por eso se atrevió á ofrecer á Jesucristo todos los bienes de la tierra, si le adoraba. Pero el Maestro celestial se ocultó bajo la pobreza, pues no tenía ni aún donde reposar su cabeza. ¿ A quién, pues, daremos la preferencia, al demonio, ó á Jesucristo, que es el rey eterno de los cielos y de la tierra ? No mireis nunca más que á Dios, tanto en los pobres como en los ricos. Hareis muy bien reconociendo en la miseria del pobre las riquezas evangélicas, y en la opulencia del rico una verdadera miseria, y manifestareis hacerlo así, si lavais á todos los pies con acción de gracias y con espíritu de sincera caridad : si les dais con gozo todo lo

que está en vuestras atribuciones, y si en todos mirais la persona de Jesucristo. Padres y hermanos míos, la pobreza es el tesoro de los monjes, que nunca son tan ricos, como cuando nada poseen, ó cuando teniendo en abundancia, no lo reservan para sí mismos, sino para socorrer á los necesitados. »

« El religioso debe esforzarse por conservar la pureza de alma y de cuerpo. Si sois atacados por la tentación, acudid, hermanos míos, á Jesucristo con humildad y compunción de corazón, decidle con espíritu de contrición: Señor mío Jesucristo, vos que sois un Dios lleno de misericordia y de bondad, vos que sois nuestro consuelo, vos que vivís desde la eternidad, vos que sois nuestro amoroso padre, y que no permitís que sean confundidos los que ponen en vos toda su confianza, libradme, Salvador mío, del poder de mis enemigos; venid en auxilio de mi alma, salvadme con vuestra misericordia, porque vos sois todo mi gozo, y preservadme de los lazos que me tiende el infernal enemigo. Nada se oculta á vuestra mirada: vos veis lo que pasa en los más recónditos pliegues del corazón; así es que conocéis que no he buscado yo los pensamientos que me atormentan, sino que estos han penetrado en mi alma contra toda mi voluntad. Acordaos que no soy más que polvo, y no permitais que la tentación se convierta en daño de mi alma, y le sea motivo de condenación. Señor, Señor, vos sois toda mi fuerza y mi salud, tomadme bajo vuestra protección en el combate que tengo que sostener. No me abandonéis á mi depravación. Tened piedad de mí, Dios mío, tened piedad de mí, pues mi alma acude á vos, y en vos tiene puesta toda su confianza. No os alejéis, Dios mío, de mí; venid en mi auxilio, ayudadme, pues que sois mi Salvador, y nunca os apartais de mí. »

« De esta manera debe orar el religioso cuando se vé acometido por la tentación. Debe postrarse en seguida de-

lante del Señor, implorando su bondad, y reconociendo su propia miseria, y el Señor no dejará de protegerle con supraternal ternura. Exterminemos, hermanos míos, y arrójemos lejos de nosotros esos fantasmas de impureza que vienen á turbar nuestras almas: cuidad de que la gula no le sirva de pábulo: lejos de satisfacer el apetite, procurad la paz y la santidad, sin la cual no puede gozarse de Dios. Examinad en que os tienta la gula, así como todo aquello que pueda dar lugar á la tentación, y arrancadlo de raíz. Sed firmes, hermanos míos: combatid como esforzados atletas, velad sobre vosotros mismos, y tendreis el consuelo de que la tentación se disipe en seguida. »

« Acompañad el canto de los salmos con la compunción del corazón: sean vuestras oraciones como ardientes flechas de amor que lanceis hacia Dios para herir su tiernísimo corazón. Cuando trabajéis, pensad siempre que estais en la presencia de los ángeles. si teneis dos hábitos, dad uno de ellos al que de él carezca. Observad el ayuno hasta la hora de Nona: no procureis aparecer pálidos y macilentos á causa de los ayunos, como hacen los hipócritas. Procurad que al mismo tiempo ayune la lengua, enfrenándola con la discreción y la caridad. Cuando algún religioso de otra comunidad pase á vuestro lado, saludadle religiosamente, y preguntadle en que podeis serle útil. Si viniese con intención de hablar con alguno, le invitará á tomar alimento, hablándole al mismo tiempo del alimento esperitual y de otras materias piadosas y propias para excitar su fervor, así como de la vida de los santos Padres que nos han precedido. Pero al hablar de esta manera, guardaos de hacerlo por vanidad, y de complaceros en la facilidad de hablar de las cosas espirituales; porque en esto, como en todas las cosas, no debemos proponernos otro fin que agradar á Dios con sencillez y fidelidad, y no buscar la gloria ante los hombres. »

Amad la pobreza voluntaria, y léjos de entristeceros cuando os falte alguna cosa, sírvaos esta misma privación para amarla con más ardor. Dad gracias á Dios por todo y en toda ocasión. Glorificad su santo nombre con vuestras palabras, y hacedlo con verdadero afecto de corazón que santifique vuestros discursos. »

Jamás entableis amistad con un religioso que haga ó intente cosas contrarias á su estado : examinad en todas las cosas aquello que más os convenga para practicar la virtud. Nunca se halle el demonio entre vosotros, advirtiéndoo que yo llamo demonio al que turba la paz de los religiosos. Amad la verdad, y nunca la dizfraceis con pomposas palabras, aunque en alguna ocasión sea contraria á los sentimientos de vuestro corazón. Cuando os sentéis á la mesa y tengais sed, no pidais el agua de palabra al encargado del servicio, sino por medio de alguna señal. No escupais miéntras enteís en la mesa ; pero si teneis necesidad de hacerlo, levantaos con licencia del superior, y volved en seguida para comer lo que se os presente con modestia tan religiosa, cual si recibiéseis la comida de manos de los ángeles. No ignorais que el uso del vino está prohibido á los religiosos , pero si alguno, por causa de enfermedad, necesita tomarlo, hágalo con moderación, pues el que se entrega á la pasión del vino abre las puertas de su alma al demonio : las llamas de la concupiscencia inflaman el cuerpo, adormecen los sentidos, embotan la inteligencia, y para decirlo en una palabra, embrutecen y destruyen la razón, que ha dado Dios al hombre para que se dirija en sus acciones. »

« ¿ Os hallais enfermo ? acudid á Dios que es el verdadero médico. Si alguno de vuestros hermanos cae enfermo, y exhala de su cuerpo mal olor, no acudais á otro para libraros del trabajo de asistirle. Prestadle los oficios de la caridad ; limpiad con vuestras propias manos sus llagas :

hacedle la cama, y dadle todos los auxilios que necesite. Cumplid todos estos deberes sin manifestarle enfado ni incomodidad, y no creais, sin embargo, que habeis hecho demasiado, sino consideraos como un criado que ha servido á su amo, pues en realidad servís al mismo Dios, y éste os dará la recompensa. De esta manera, hermanos míos, mereceréis oír en el día del juicio estas dulces y consoladoras palabras de la boca del mismo Jesucristo : *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.* »

Estas conferencias las daba san Siméon á los religiosos por órden expresa del abad Juán, y estos las escuchaban con tanta más satisfacción, cuanto que precisamente suplicaban al superior que se lo impusiese por obediencia. No es de extrañar, por lo tanto, que despues de la muerte de éste abad no hable ya el historiador del Santo de estos religiosos sino como de discípulos suyos. Quisieron, pues, que los dirigiese, y continuaron recibiendo de su boca sus saludables avisos. Sus virtudes, sus prodigios, su vida tan penitente y las luces con que Dios le favorecía, todo concurrió, aunque era muy jóven, á que respetasen sus instrucciones, y aún cuando les dejó para retirarse á la *Montaña admirable*, no dejó de cuidar de ellos, si bién hizo que un anciano ocupase su lugar. Iban con frecuencia á recibir sus consejos, y algunos de ellos se establecieron á su lado, lo cual dió ocasión á que se edificase sobre la *Montaña admirable* un nuevo monasterio, que se hizo muy célebre por el considerable número de discípulos que vinieron á ponerse bajo su dirección.

Los religiosos del monasterio del abad Juán que le habian seguido, contentáronse en un principio con edificar una pequeña casa cerca de la torre en que el Santo habitaba, y expuesta enteramente al aire ; pero Dios, que queria hacer brillar las maravillas de su poder en el nuevo retiro

y constituirlo en un lugar de bendiciones y de gracias, le ordenó en una visión que edificase un gran monasterio y una iglesia. La montaña estaba inculta, era estéril y carecía hasta de agua, y Dios le dió á conocer que vendría á ella una gran multitud de enfermos, cuya curación alcanzarían con sus oraciones, los cuales construirían con gusto el monasterio, y le proporcionarían todo lo que fuese necesario. Le manifestó al mismo tiempo que un ángel mediría la extensión que habían de tener el monasterio y el templo, y le daría su plan.

Simeón no podía dudar de la voluntad divina, y esperó con confianza su cumplimiento. Algún tiempo después llegó una multitud considerable de extranjeros, de los cuales unos estaban atormentados por el demonio, y otros afligidos por diferentes enfermedades, que venían á pedirle la curación de sus males. A todos los curó con solo hacer la señal de la cruz: pero les mandó que preparasen los materiales necesarios para la construcción de la iglesia y del monasterio, lo cual hicieron de muy buena voluntad, considerándose muy felices con tomar parte en una obra tan santa. Dos ó tres días ántes de que terminasen sus trabajos, llegaron otros enfermos á los cuales curó también, y dedicó á la continuación de los trabajos, é hizo sucesivamente lo mismo con los que iban llegando. Ordenó también á sus discípulos que hiciesen un montón de cal; pero no habiendo agua para amasarla, alcanzó el Santo con sus oraciones, que lloviese tantas veces cuantas era necesario para la continuación de los trabajos.

Sin embargo, como la multitud de gente que acudía á la montaña aumentaba de día en día, preocupaba á sus discípulos el proporcionarles agua para sus necesidades y para las bestias en que llevaban á los enfermos. Es verdad que en otro tiempo había enfrente dos grandes estanques; pero se ignoraba el sitio en que estaban, por hallarse cegados y

cubiertos de maleza. La necesidad, no obstante, obligó á ser industriosos, y al fin, después de muchos trabajos los encontraron, y una vez limpios, fueron llenados de agua con una abundante lluvia alcanzada por las oraciones del Santo. Al mismo tiempo se pusieron en uso los antiguos canales que servían para la conducción de las aguas.

Esto no bastó para calmar enteramente la solicitud de sus discípulos: pues cuantos más extranjeros veían llegar, con tanto más fundamento temían que se agotasen los estanques. Sin embargo, no se atrevían á manifestar sus recelos al Santo, el cual, ilustrado por una luz sobrenatural, no los ignoraba. Llamó, pues, á uno de sus discípulos llamado Antonio, y le dijo: «Toma una cuerda, y mide la profundidad de los estanques.» Obedeció el discípulo, y volvió para decirle la altura á que estaban las aguas. Ocurría esto al fin de la primavera, y pasó todo el estio sin que lloviese; pero llegado el otoño, mandó á Antonio que reconociese nuevamente el estanque, encontrándose que no habían disminuido las aguas, lo cual fué motivo para que tanto los discípulos como los demás á quienes refirieron este prodigio, glorificasen al Señor.

El demonio que veía que todas estas obras se dirigían contra él, por lo mismo que habían de servir para la gloria de Jesucristo, se propuso arruinarlas, y dió tan fuertes sacudidas á un departamento que se destinaba para los enfermos, que tuvieron que suspenderse los trabajos. Advertido el Santo de lo que ocurría, dió una vara á uno de sus discípulos, mandándole que diese con ella en el lugar escogido por el maligno espíritu, diciendo, como si le azotase: «Espíritu inmundo, Simeón te manda en nombre de Jesucristo que te retires de aquí.» En aquel mismo instante el demonio, produciendo un espantoso ruido, se retiró vergonzosamente.

Concluyóse felizmente el edificio, se colocó la columna